

tren régio á la estacion, y en seguida surcaron el aire multitud de cohetes, resonaron los majestuosos acordes de la marcha real, y creció la animacion y el bullicio de la muchedumbre. La Reina salió de la estacion en carretela descubierta, acompañada de algunos ministros, de su servidumbre, de la Diputacion provincial y el Ayuntamiento de San Sebastian: en esta ciudad solo se detuvo hasta las cinco y media de la mañana, á cuya hora se dirigió al embarcadero para tomar el vapor que debia conducirla á Lequeitio. Era este buque un pequeño remolcador, que se balanceaba en medio de la Concha, y al que habian pintado de blanco y azul, poniéndole por nombre *Isabel II*, y colocando en su popa un magnífico sόlio de terciopelo carmesí, con corona dorada, sobre el cual ondeaba, como cobijándole, la bandera española; y delante del trono se extendia un toldo de blanquísima tela. No lejos del *Isabel II* esperaban con las calderas encendidas los vapores de guerra *Colon* y *San Francisco de Borja*.

El puerto presentaba un aspecto magnífico: habia en él de dos á trescientas embarcaciones menores, llenas de gente, y divididas en dos bandas, formando calle, por donde iba á pasar la régia comitiva; y en el muelle se apiñaba una inmensa muchedumbre. El embarcadero destinado á la Reina era una espaciosa y cómoda escalinata, guarnecida de verdes arcos y guirnaldas de flores, y tapizada con ricas alfombras, cuyo extremo inferior flotaba sobre las aguas: varios botes de la Armada, con sus correspondientes dotaciones de remeros, aguardaban al pié de la escalinata, distinguiéndose entre ellos el que debia conducir á S. M. á bordo del remolcador. La Reina, sencillamente vestida con un traje de color de tórtola y ramajes oscuros, entró en este bote, cuyo timon llevaba el comandante del *Colon*, en pié sobre la popa y con la cabeza descubierta; en los demás se embarcaron la Corte, los ministros y la guardia de alabarderos, y detrás seguia una barca cubierta de seda, conduciendo una orquesta formada por varios jóvenes de San Sebastian, vestidos de blanco, con ceñidores rojos: otra banda de música tocaba al mismo tiempo en el anden del muelle.

Al emprender la marcha el bote real, comenzaron á herir las olas los primeros rayos del Sol naciente, hicieron salva los cañones del castillo, y á su ronco saludo contestaron en seguida las baterías del vapor *Colon*. Los tripulantes de este buque y del *San Francisco de Borja*, encaramadas en las vergas, agitaron acompasadamente sus sombreros de hule, dando los *vivas* de ordenanza.

La Reina subió al remolcador, y tomó asiento, no en el trono que le estaba pre-

parado, sino en uno de los bancos de la toldilla, entre las personas de su comitiva. Poco después, el vapor *Isabel II* rompió la marcha, siguiéndole detrás, como escolta de honor, el *Colon* y el *Francisco de Borja*, comprometidos ambos á sublevarse para destronar á la augusta señora que acompañaban. Dijose (no sabemos si con verdad ó mentira) que, á ser posible adelantar la revolucion, como deseaba el brigadier Topete, aquellos dos buques habrian debido escoltar á la Reina de España, no hasta Lequeitio, sino hasta dejarla segura en tierra extranjera.

VI.

Comprendiendo el brigadier Topete que era preciso ganar tiempo, y no aguardar á que D.^a Isabel volviese á Madrid, en cuanto quedó la Corte instalada en Lequeitio, envió un mensajero al general PRIM diciéndole que apresurase su venida y la de todos los emigrados á España: PRIM contestó por el mismo conducto que no podia moverse por falta de recursos para fletar un buque; y entonces el activo Topete se procuró un vapor mercante, que, pagado con fondos del Duque de Montpensier, partió para Lóndres. Aquel barco hizo en vano su viaje; porque, noticiosos los progresistas andaluces de lo que pasaba entre el general y el marino, fletaron otro vapor con el producto de una suscripcion abierta secretamente entre ellos; y ya fuese por no desairar á sus amigos, ya por no contraer cierta clase de compromisos, PRIM aceptó este buque para que condujese á sus ayudantes y á otros varios emigrados, y dejó de servirse del que le enviaba Topete, á quien dió aviso de que él se quedaba en Lóndres aguardando la ocasion de partir por diferente conducto, é indicándole que aquel vapor en que iban sus ayudantes podria tocar en las Canarias, y traer á España al Duque de la Torre y demás generales allí desterrados. No le pareció bien á Topete aceptar este ofrecimiento, mayormente habiendo entablado ya gestiones para adquirir otro vapor, cuyas condiciones marineras y de todo género le inspirasen la más completa confianza.

Sucedía esto en los últimos dias de Agosto y primeros de Setiembre. D. Adelardo Lopez de Ayala se ocupaba en procurar la adquisicion del mencionado buque; y habiendo hablado del asunto al rico comerciante de Cádiz D. Guillermo Butler, este se comprometió á ceder uno suyo para aquel peligroso viaje, mediante la retri-

bucion de 6,000 duros, pagaderos la mitad en el acto, y la otra mitad en determinado plazo. El Conde de Casa-Brunet adelantó los primeros 3,000 duros que se necesitaban, y que poco después le fueron reintegrados, cuando el Duque de Montpensier dispuso que se abriese crédito á Topete y Ayala por una fuerte suma, para sufragar los primeros gastos de la revolucion; y Butler facilitó el vapor *Buenaventura*, que salió de Cádiz el día 8 de Setiembre, aparentemente con rumbo á Mogador, en la costa de Marruecos, pero en realidad con destino á las islas Canarias, yendo mandado por el capitán del *Monarca*, D. Ramon Lagier, persona de reconocido valor, é indicado además para este objeto por ser un ardiente liberal y muy amigo del general PRIM. Con Lagier iba en el mismo buque el señor Ayala, siendo ellos dos los únicos que sabian abordo el verdadero objeto de aquella expedicion arriesgada.

Segun las noticias últimamente llegadas de Canarias, el general Dulce estaba enfermo de tanta gravedad, que se temia no pudiese venir á España, y como el Segundo cabo de Sevilla, señor Izquierdo, solo habia contraido compromisos con aquel general, dudábase si los cumpliria ó no, mediando esta circunstancia. Procuró asegurarse de ello el brigadier Topete; y habiendo obtenido contestacion afirmativa del señor Izquierdo, procedió á concentrar la escuadra en la bahía de Cádiz.

En pocos dias se encontraron reunidos en aquellas aguas las fragatas de guerra *Zaragoza*, *Tetuan*, *Villa de Madrid* y *Lealtad*; los vapores *Ferrol*, *Vulcano* é *Isabel II*; las goletas *Edetana*, *Santa Lucía*, *Concordia* y *Ligera*, y los transportes, urca *Santa María* y vapor *Tornado*. Todos los jefes y oficiales que mandaban estas fortalezas flotantes se hallaban comprometidos á sublevarse con ellas, excepto el comandante de la *Ligera*, que nada sabia, ó por lo menos era completamente extraño á los planes del brigadier Topete, á quien no inspiraba confianza, y que habia guardado con él la mayor reserva. Dispuesto estaba todo por parte del audaz marino, faltando solo para dar el grito la llegada de los generales proscriptos: la impaciencia de Topete era grande y justificada; pues no podia ignorar que el Capitan general de Andalucia y otras autoridades recibian diariamente multitud de anónimos y de avisos, en que se les comunicaban, con designacion de nombres propios, las tramas y conciertos de los conspiradores. Algunos de aquellos anónimos, en los cuales se denunciaba al general Izquierdo, habian sido comunicados á este por el anciano capitán general D. Francisco de P. Vassallo, y el Gobierno tenia conocimiento de ellos.

Por fin llegó el momento en que el general PRIM se decidió á partir para España; y acompañado de los señores D. Práxedes Mateo Sagasta y D. Manuel Ruiz Zorrilla, salió de Londres el Viernes 11 de Setiembre, dirigiéndose los tres á Southampton, de donde partian todos los sábados los vapores de la *Compañía de navegacion oriental y peninsular*. Sagasta y Zorrilla, valiéndose de sus relaciones, se habian proporcionado pasaportes chilenos, con nombres supuestos. PRIM, más expuesto que sus amigos á perder la vida, si llegaba á ser descubierto y apresado por el Gobierno español, resolvió hacer la travesía disfrazado de lacayo, en calidad de ayuda de cámara de los Condes de Bar, que, por acaso ó de intento, hacian el mismo viaje. Todos se embarcaron en el vapor *Delta*, que salió de Southampton para Gibraltar el dia 12 por la tarde, yendo el Conde y la Condesa de Bar, con su propio nombre, y los supuestos chilenos Zorrilla y Sagasta en cámara de primera clase, y el general PRIM en traje de librea y cámara de segunda: como criado de aquellos señores, durante el dia se presentaba dos ó tres veces á ellos, con la gorra en la mano, á recibir sus órdenes, ante la lucida concurrencia que llenaba el salon de popa ó el espacio de la toldilla, y solo por la noche departia en confianza con sus amigos.

Con tiempo bonancible hizo el *Delta* su viaje á España, y al amanecer del dia 17 pasó el estrecho y entró en la bahía de Gibraltar; y apenas anclado el vapor ante aquella plaza enemiga, perenne foco de males y padron de ignominia para la nacion española, los condes de Bar, PRIM, Sagasta y Zorrilla saltaron en un bote, que los condujo á tierra: los tres emigrados no se atrevieron á desembarcar en la ciudad, donde siempre hay españoles, que fácilmente habrian podido conocer á alguno de ellos, y se quedaron ocultos en uno de los tinglados que en aquellas playas sirven para depósito de carbon: allí se quitó PRIM su traje de lacayo y se puso uno de paisano, y él y sus compañeros aguardaron que se presentase algun amigo de Cádiz, donde ya se tenia noticia de su próxima llegada.

En efecto, los progresistas gaditanos habian enviado á Gibraltar el vapor *Alegría* para recibir á los señores PRIM, Zorrilla y Sagasta, y conducirlos á Cádiz; y para mayor seguridad, comisionaron á D. José Paul y Angulo, como persona activa y decidida, á fin de que se trasladase á aquel puerto y estuviese á la mira de todo. Paul y Angulo partió de Cádiz el dia 16 en el vapor *Adriano*, llevando instrucciones del señor Topete; y al embarcarse trabó conocimiento con un comerciante de la misma ciudad, llamado Smith, que iba tambien á Gibraltar, movido de propio

interés, como consignatario que era del *Alegría*, con el propósito de prestar su ayuda á los emigrados y evitar los riesgos que corria el mencionado buque.

El *Adriano* llegó á Gibraltar en la tarde del 16 ; y por consiguiente, los señores Paul y Smith pudieron presenciar el arribo del *Delta*. Puestos ambos de acuerdo, acudieron inmediatamente en busca del general PRIM y de sus compañeros, que continuaban ocultos y llenos de zozobra, esperando el auxilio de una mano amiga. No tardaron aquellos en encontrarlos, y entonces manifestó Paul y Angulo á PRIM que llevaba encargo del brigadier Topete de decirle que no fuese á Cádiz, ó por lo menos no se presentase en la escuadra, hasta tanto que llegasen los generales de Canarias, á quienes se aguardaba de un día á otro, á fin de poder presentarlos á todos de una vez á la Marina, y dar en seguida el grilo del alzamiento. Dicho esto, y cumplido así fielmente su encargo, añadió el emisario, que por su parte él creía que el general PRIM debía ponerse en viaje sin demora ; porque ya Cádiz estaba conmovida ; Topete al frente de la *Zaragoza* y de la escuadra ; las autoridades vivamente alarmadas y tomando sérias providencias, tanto que la Guardia civil recorría la costa por tierra, y la goleta *Ligera* vigilaba en la mar ; y en tales circunstancias era preciso proceder con prontitud y audacia, so pena de exponerse á perderlo todo en un instante.

No dejó de impresionar desagradablemente á los emigrados la noticia de hallarse la *Ligera* vigilando aquellas costas ; pues era racional inferir de este hecho, por una parte que no existía completa conformidad entre todos los buques de la Armada, y por otra, que el Gobierno sabia ya ó al menos sospechaba la venida de PRIM, y se proponía impedir su desembarco. Respecto á lo primero dió Paul y Angulo explicaciones tranquilizadoras, aunque insistiendo en la necesidad de acudir inmediatamente á impulsar el movimiento : en cuanto á lo segundo, era tan verosímil, como que motivaba la ida del Señor Smith á Gibraltar ; pues alarmado este sujeto en vista de las precauciones que tomaban las autoridades, manifestó que no consideraba prudente que aquellos señores hicieran el viaje en el vapor *Alegría*, no siendo este buque bastante apto para burlar á la *Ligera* ; y que, por lo tanto, creía imprescindible que se buscase otro vapor de mejores condiciones.

Enardecido el general PRIM por esta contrariedad, se volvió entonces á Paul y Angulo, y le dijo : — “ Ya sé que me va la cabeza, si caigo en poder de la *Ligera* ; pero tiene V. razon : es preciso ir en busca de la escuadra hoy mismo. ¿No encontraremos aquí un vapor que nos lleve? „

Paul y Angulo se decidió en el acto á dar los pasos necesarios para adquirir un buque de confianza ; pero tropezaba con una gran dificultad : no conocia bien á Gibraltar, y por consiguiente, ignoraba á quien podria dirigirse. Más conocedor del terreno, el Sr. Smith se prestó gustoso á servirle de guia; y entrando los dos en la ciudad, pronto averiguaron que un comerciante llamado Mr. Bland poseia, entre varios buques, un vaporcito muy ligero y seguro, conocido con el nombre de *Adelia*, que estaba fondeado en la bahía. Inmediatamente se presentó el Sr. Paul á mister Bland, y le propuso fletar por dos dias aquel vapor para un servicio reservado.

No se negó el comerciante á ceder su buque; pero pensando mal del objeto á que se trataba de destinarlo, pidió por el flete una cantidad exorbitante, y aun exigió una garantía de seis mil duros por el riesgo que, en su concepto, iba á correr el vapor. A todo accedió gustoso Paul y Angulo, telegrafando en el acto á una casa de Cádiz, que contestó en seguida ofreciendo la fianza reclamada por Mr. Bland. La misma facilidad con que se aceptaban sus proposiciones, aumentó las sospechas del inglés, quien declaró resueltamente que no entregaría su vapor, como no se le dijese antes para qué clase de servicio lo tomaban. Resistióse Paul y Angulo á dar esta clase de explicaciones, diciendo que no era dueño de revelar el secreto; y como el comerciante insistiese en su negativa, vióse aquel obligado á ir en busca de los emigrados para referirles lo que ocurría.

No pudiendo pasar por otro punto, el general PRIM autorizó á Paul y Angulo para declarar la verdad. Hízolo así este último, y no tuvo por qué arrepentirse; pues al oír Mr. Bland sus palabras, exclamó alborozado: que no solo el *Adelia*, sino todos sus buques, toda su fortuna y su propia persona estaban á la disposicion de PRIM, de quien no exigia más retribucion que tener el gusto de verle y estrechar su mano; pues aunque no le conocia sino de nombre, le profesaba admiracion y singular aprecio solo por la fama de sus heróicos hechos. Como se mostrase resuelto á salir inmediatamente en busca del General, procuró Paul y Angulo detenerle á lo menos hasta haber prevenido á sus amigos; pero al cabo no hubo medio de impedir que se presentase Mr. Bland en el muelle, donde permanecian ocultos los emigrados españoles, y donde á todos aguardaba una nueva sorpresa; porque aquel inglés habia hecho juntamente con ellos el viaje de Southampton á Gibraltar en el vapor *Delta*, y habiendo simpatizado especialmente con el supuesto chileno Sr. Sagasta, juntos habian venido tratándose durante cinco dias como inseparables amigos.

Grande fué el asombro de Mr. Bland cuando supo que el humilde criado que ha-

bia visto bajo la librea de los condes de Bar era precisamente su héroe predilecto, el general PRIM: celebrando la casualidad que los reunia, reiteró sus ofrecimientos, que no quedaron en vanas palabras, y aun solicitó con empeño acompañar á nuestros compatriotas en su arriesgada empresa; pero PRIM no quiso consentir que se expusiera á los peligros que iban á correr él y sus compañeros, lanzándose con ellos á los azares de la incierta fortuna. El entusiasta inglés tuvo que conformarse con esta resolución, y cumpliendo lo prometido, dió en seguida las órdenes oportunas para la marcha del *Adelia*, que aquella misma tarde pasó el estrecho de Gibraltar, con rumbo á Cádiz, llevando á su bordo al general PRIM, y á los señores Ruiz Zorrilla, Sagasta y Paul y Angulo. El vapor *Alegría*, en el cual estaba el coronel Merelo, uno de los actores de la revolución de Setiembre, salió detrás de aquel al anochecer del mismo día.

Serian las once de la noche del 17 de Setiembre cuando el *Adelia* entró en la bahía de Cádiz, con mar gruesa y en medio de una oscuridad profunda: por ninguna parte descubria la vista inquieta de los expedicionarios el menor indicio de la escuadra española, cuyos buques, en la prevision del temporal que amenazaba, se hallaban separados á largas distancias unos de otros. Y no era indiferente á los jefes revolucionarios encontrarse con cualquiera de ellos; porque con las noticias que tenían de la *Ligera*, cuyo encuentro habian podido esquivar hasta entonces, abriganaban recelos de que los demás buques de la escuadra hubiesen retirado sus compromisos; y en tan crítica situación, solo confiaban en el brigadier Topete, que creían se hallaba á bordo del vapor *Isabel II*. Por fin descubrieron este buque, y habiéndose acercado á él y preguntado por el brigadier, se les contestó que estaba en la fragata *Zaragoza*; con lo cual se retiraron sin más averiguaciones para no infundir sospechas. Pero ignorando el paradero de la *Zaragoza*, vagaron durante dos horas por aquel espacioso y agitado golfo sin poder dar con ella; lo que, unido á la circunstancia de no haber encontrado la escuadra en el lugar convenido, les desalentó de tal modo, que por un momento pensaron volverse á Gibraltar.

En esto vieron llegar el *Alegría*, que tambien vagaba perdido por aquellas aguas; y habiéndose puesto al habla los dos buques, el coronel Merelo comunicó á los del *Adelia* la inutilidad de sus pesquisas, y su temor de que la escuadra se hubiese retraído.— “ ¡No importa! exclamó PRIM: busquemos la *Zaragoza*; que estando en ella, no hay nada que temer: yo me entrego á Topete, y fío en el honor de la Marina española.”

Por fin, navegando sin rumbo cierto por la extensa bahía, el *Adelia* dió alcance á una lancha, que á pesar de ir bien dotada de buenos remeros, surcaba con dificultad las agitadas olas. Preguntaron los del vapor á los de la lancha por la *Zaragoza*, y les contestaron:—“A ella vamos. Si echan ustedes un cabo, nos ahorrarán trabajo, y nosotros les guiaremos.”

Los del *Adelia* echaron el cabo, y la lancha siguió detrás marcando el rumbo; pero comprendiendo los expedicionarios que cometían una imprudencia dejándose llevar de aquel modo por gentes desconocidas, trataron de averiguar quiénes eran; y habiéndolo preguntado uno de ellos, les contestó una voz desde la lancha:—“El comandante de la *Zaragoza*. Y ustedes, ¿quiénes son?—Todos somos amigos, „ respondieron los del vapor.

El comandante de la *Zaragoza* era D. José Malcampo.

No tardaron mucho en llegar cerca de la fragata que, con otros buques de la escuadra, se hallaba anclada hácia Puntales. Malcampo, subió el primero á ella, y avisó á Topete que allí venían unos que se decían amigos. Topete aguardó que subieran los del vapor; y al ver á PRIM, le abrazó dando un grito de alegría. Después de dirigirse mutuamente varias preguntas, y satisfecho PRIM respecto de la actitud de la escuadra, quiso ser presentado en seguida á la oficialidad; pero Topete le contestó que no era llegado todavía el momento oportuno, y se retiró con él á la cámara.

Solos allí los dos caudillos de la revolucion, el jefe de la Marina expuso con franqueza su pensamiento, manifestando que habia tenido que luchar mucho consigo mismo antes de decidirse á tomar la actitud en que se hallaba colocado; que puesto en la alternativa de ser fiel á la Patria ó á la Reina, optaba por lo primero, sacrificando las afecciones personales que á la segunda le ligaban; que no pertenecía ni queria servir á ningun partido político, resumiéndose todas sus aspiraciones en la felicidad de España; pero creyendo que esta felicidad sólo podia conseguirse por medio del restablecimiento de una verdadera monarquía constitucional, en que estuviesen perfectamente garantidos los sagrados derechos del ciudadano y las prerogativas de la Corona, y bien regida la Hacienda bajo un gobierno moral é ilustrado, él se habia comprometido á colocar en el trono español á una princesa modelo de virtudes, cual era, segun pública voz y fama, la infanta Doña María Luisa Fernanda. Por último, el Sr. Topete declaró, que sin estas condiciones nunca se habria prestado la Marina á romper los lazos de la subordinacion, y que al separarse de la obe-

diencia al Gobierno, únicamente reconocía como jefe en la revolución al Duque de la Torre.

Oyó atentamente el general PRIM, y convino en todo lo que Topete había manifestado, conformándose con ocupar el segundo puesto en la revolución ó cualquiera otro; pues no tenía pretensiones de sobreponerse á nadie, y reconocía en el general Serrano, como militar, la superioridad gerárquica. Dijo que también él había tenido que luchar, no un día, ni un mes, sino durante años enteros para evitar la caída de Doña Isabel, á quien se reconocía personalmente deudor de muy singulares atenciones; pero siendo infructuosos sus esfuerzos, se había visto también obligado á sacrificarlo todo por la felicidad de la Patria: que no era contrario en modo alguno á la infanta doña María Luisa; pero hubo de hacer presente que, en política, los hombres proponen, y las circunstancias disponen; por lo cual, y por consideraciones de respeto á la misma señora Infanta, le parecía inconveniente dar su nombre desde luego á los vientos de la publicidad, y opinaba, por el contrario, que este asunto debía reservarse íntegro á la decisión de las futuras Cortes constituyentes.

Sin duda convencieron estas razones al Sr. Topete; pues en la proclama á los gaditanos, que ya tenía escrita, y que probablemente consultaría con el general PRIM antes de darle publicidad, no dijo una sola palabra que aludiese á la persona en quien había fijado su pensamiento para colocarla en el trono. Aquella proclama, que lleva la fecha del 17 de Setiembre de 1868, pero que no se publicó hasta el día siguiente, contenía una sucinta exposición de los motivos, que impulsaban á la Marina á colocarse en actitud revolucionaria; después de lo cual, decía el Sr. Topete en su nombre y el de sus compañeros:

“Aspiramos á que los poderes legítimos, pueblo y trono, funcionen en la órbita que la Constitución les señale, restableciendo la armonía ya extinguida, el lazo ya roto entre ellos.

“Aspiramos á que las Cortes constituyentes, aplicando su leal saber, y aprovechando lecciones harto repetidas de una funesta experiencia, acuerden cuanto conduzca al restablecimiento de la verdadera monarquía constitucional.

“Aspiramos á que los derechos del ciudadano sean profundamente respetados por los gobiernos, reconociéndoles la cualidad de SAGRADOS que en sí tienen.

“Aspiramos á que la Hacienda se rija MORAL é ilustradamente, modificando gravámenes, extinguiendo restricciones, dando amplitud al ejercicio de toda industria lícita y ancho campo á la actividad individual y al talento.

“Estas son, concretamente expuestas, mis aspiraciones y las de mis compañeros... Nuestros propósitos no se derivan de afección especial á partido determinado; á ninguno pertenecemos: les reconocemos á todos buen deseo, puesto que á todos los suponemos impulsados por el bien de la patria; y esta es precisamente la bandera que la Marina enarbola.

“Nadie recele que este hecho signifique alejamiento para con otros cuerpos, ni deseos de ventaja: si modestos marinos nos lanzamos hoy colocándonos en puestos que á otros más autorizados correspondian, lo hacemos obedeciendo apremiantes motivos: vengan en nuestro auxilio, tomen en sus manos la bandera izada los demás cuerpos militares, los hombres de Estado, el pueblo; á todos pedimos una sola cosa: PLAZA DE HONOR EN EL COMBATE PARA DEFENDER EL PABELLON HASTA FIJARLO: esto, y la satisfaccion de nuestras conciencias, son las únicas recompensas á que aspiramos.”

VII.

Los apremiantes motivos á que obedecía la Marina para iniciar el movimiento, sin aguardar la llegada del Duque de la Torre y demás generales de Canarias, fueron discutidos en la madrugada del 18 de Setiembre por los señores PRIM, Topete, Sagasta y Ruiz Zorrilla, quienes de buen grado habrian preferido esperar; pero todos convinieron en que la situacion era sumamente crítica para ellos: la tarde anterior habíase ya notado cierta agitacion en Cádiz, en donde habian concurrido muchos forasteros, procedentes de San Fernando, Jerez, los puertos y de otros pueblos de la provincia, formándose numerosos grupos, y circulando entre ellos la voz de que el general PRIM y otros personajes emigrados debian estar aquella misma noche en la escuadra. La autoridad civil acababa de dirigir una alocucion á los gaditanos, tratando de tranquilizar á los habitantes pacíficos acerca de los rumores alarmantes que corrian, y asegurando que las autoridades todas contaban con sobrados elementos para mantener el orden. El Capitan general de Andalucía habia comenzado á enviar tropas hácia Cádiz, y el Gobierno mismo, sabedor de la ida del general PRIM á Gibraltar, habia dado instrucciones para que le detuvieran en aquella plaza.

Todas estas y otras noticias que por misteriosos conductos llegaban al jefe de la escuadra, y la incertidumbre del momento en que arribarian los generales desterrados, obligaban á tomar una pronta resolucion; y por más que D. Juan Topete deseara no dar un paso hasta que el Duque de la Torre se pusiese al frente del movimiento, tuvo que decidirse á anticiparlo, consintiendo en que el general PRIM asumiese interinamente el mando supremo.

Al amanecer el 18 de Setiembre dijose ya en Cádiz que la escuadra estaba pronunciada, aunque no era cierto: procedian acaso estas voces de haberse tomado providencias para cortar las comunicaciones oficiales de aquella plaza con la capital del distrito. El Gobernador militar de la provincia, mariscal de campo D. Joaquin de Bouliny, en vista de la efervescencia popular, dictó un bando prohibiendo la formacion de grupos en las calles y plazas de la ciudad; mandando á las personas que tuviesen armas sin licencia entregarlas en el Parque de artillería en el término de doce horas, y disponiendo que salieran inmediatamente de la poblacion todos los forasteros que habian acudido á ella, so pena de ser tratados como conspiradores y juzgados en consejo de guerra.

Los forasteros y los gaditanos que se hallaban dispuestos á tomar parte activa en la revolucion no hicieron caso alguno de las intimaciones de la autoridad militar, como tampoco lo habian hecho la noche anterior de la autoridad civil, que intentó disolver sus grupos, y continuaron recorriendo las calles, y agolpándose sobre todo en el muelle, desde donde observaban los movimientos de la escuadra, cuyos buques, inclusa la goleta *Ligera*, avanzaban majestuosamente por la bahía en direccion del puerto, colocándose á cierta distancia en órden de combate.

Habia llegado el momento decisivo. El general PRIM iba á ser presentado á la oficialidad de la Marina, y como no tuviese allí ninguna prenda de uniforme, se ciñó á manera de faja una tira cortada de un gallardete rojo de la *Zaragoza*, dejando ver solamente un vivo por debajo del chaleco.

Era cerca la una del dia cuando se efectuó la presentacion; y reconocido el General por los oficiales, el brigadier Topete dirigió la palabra á la tripulacion, que le escuchaba encaramada en las vergas de la fragata, pronunciando una breve arenga, que por efecto de la costumbre terminó aquel con un fuerte *¡viva la Reina!*—*¡Viva!* contestó entusiasmada la tripulacion agitando los sombreros. Al oir esto, PRIM se acercó rápidamente á Topete, y le dijo:—Ya no hay reina; viva la libertad.—Tenga V. paciencia, repuso el marino; y entonces dió un viva á la libertad, que fué

contestado con el mismo entusiasmo por la tripulacion: los vítores se repitieron en todos los demás buques de la escuadra, en tanto que una salva de veintiun cañonazos daba en la *Zaragoza* la señal del alzamiento.

A la una y diez minutos de la tarde del 18 de Setiembre sonó el estampido del último cañonazo, que anunciaba la rebelion de la Marina española contra la Reina legítima de España; y á la una y quince minutos se recibia en Lequeitio por el telégrafo la noticia de tan grave y transcendental acontecimiento, no obstante haber sido cortadas aquella mañana la vía férrea y la línea telegráfica de San Fernando á Cádiz, para impedir la llegada de tropas á esta plaza y la comunicacion de su Gobernador militar con el Capitan general de Sevilla.

PRIM y Topete creyeron que, á los cañonazos de la *Zaragoza*, responderia instantáneamente la ciudad de Cádiz sublevándose; y así habria sucedido en efecto, á no sobrevenir aquella tarde una copiosísima lluvia, que duró muchas horas, y que ahuyentó la gente de las calles, obligándola á refugiarse en las casas: quedaron sólo algunos grupos en varias plazas, y un crecido número de paisanos armados, que aguardaron la llegada de la noche, ocultos en la llamada fábrica de algodones del Balon.

Aquella quietud, que impacientaba á los insurrectos de la escuadra, era solo aparente: los que tenian el encargo de dirigir el alzamiento de Cádiz no estaban ociosos; y á poco de anochecer, se presentó delante de los cuarteles de San Roque y Santa Elena una comision de la Junta secreta revolucionaria reclamando del regimiento de Cantabria el cumplimiento de sus compromisos. Aquel regimiento se pronunció en seguida: el coronel Merelo, que la noche anterior habia desembarcado, tomó el mando de estas fuerzas, á las cuales se agregaron muy luego los paisanos armados, y comenzó á dictar disposiciones para dominar la ciudad: apoderóse de la guardia del Principal, reforzándola y colocando al frente de ella un oficial de su confianza; ocupó con tropa las azoteas de la plaza de San Juan de Dios, los balcones de la Casa consistorial, los de algunas casas particulares y la muralla, y envió dos compañías de Cantabria y un fuerte grupo de paisanos á tomar posesion de la Aduana. Los carabineros que la custodiaban se adhirieron gustosos al pronunciamiento, como lo habian hecho ya los de la muralla, y algunos guardias civiles que allí habia cedieron sin oponer resistencia.

Dueño ya de Cádiz, el coronel Merelo pasó el resto de la noche recorriendo los puestos militares que habia establecido y recomendando la vigilancia, pues no es-